

Cambio en patrones de consumo: Análisis y evaluación

Abstract: *The mutual accusations about overpopulation in the South and overconsumption in the North are first analysed and then a clarification of the notion of consumption is attempted. Partial and global proposals to modify today's patterns of consumption are presented and examined, in particular those that do not take into account the impact on employment.*

Resumen: *Se empieza analizando las acusaciones mutuas de que los países del Sur tienen altas tasas de natalidad y los del Norte altas tasas de consumo. Después de una clarificación de la noción de consumo, se critican varias propuestas de modificación de patrones de consumo, en especial aquellas que no tienen en cuenta el impacto en el empleo.*

El tema del consumo empezó a adquirir relevancia entre filósofos a partir de la Cumbre de la Tierra en Río de Janeiro en 1992, cuando se hizo evidente una simetría entre dos acusaciones: mientras los países del Norte acusan a los del Sur de no controlar el crecimiento de su población, éstos acusan a aquéllos de consumir demasiado. El economista Herman E. Daly recoge esta doble acusación cuando dice que “obviamente” el Sur debe esforzarse por controlar la población mientras el Norte debe controlar el consumo per cápita.¹

El tema del consumo, sin embargo, no es del todo nuevo. Desde que existe la ética ésta lo ha tenido en cuenta, aunque bajo otros términos. Entre los vicios y las virtudes tradicionales se cuen-

tan, de un lado, la gula y la codicia, y del otro, la frugalidad. Esta última no está de moda en nuestros días, y una explicación de por qué nos servirá más adelante para señalar los cambios tan notables ocurridos en poco menos de un siglo en relación con el consumo.² Por otro lado, desde hace mucho ha sido costumbre de algunos moralistas y autores variados atacar lo que se ha llamado “consumismo”, sin que se hayan tomado la molestia de explicarnos en qué consiste. Más de un escritor ha basado su pretensión a la fama en el rechazo de la sociedad “consumista” y siempre parece aceptable para muchas personas incluir ese supuesto vicio entre las críticas que se hacen al tipo de sociedad en que vivimos, como si todos los ciudadanos tuviésemos igual acceso a los bienes y servicios. Es probable que esta actitud confusa e imprecisa sea un resabio de la desconfianza con que se miraba el consumo indiscriminado en los tiempos en que la productividad del trabajo era muy baja. En todo caso el consumismo no es un vicio democrático; no tiene sentido acusar de ello a millones de seres humanos que pasan hambre.

Puesto que “consumismo” se toma como una valoración negativa, podemos suponer que el término se refiere a un tipo de comportamiento individual e individualista, que deja de lado otros valores más importantes en la vida social, sobre todo la solidaridad, para centrarse en la adquisición obsesiva de bienes y servicios que prometen la felicidad al individuo en soledad. No falta quien se refiera a esta actitud como una adicción. Así entendido el consumismo presupone, por supuesto, que el individuo está en situación de poder gastar

holgadamente, y que su consumo de alguna manera lo perjudica.

La conexión entre consumo y depresión ha sido documentada recientemente en países desarrollados por el psicólogo Robert E. Lane.³ En general, cuanto más complejo y desarrollado sea el mercado en los países capitalistas actuales más énfasis se da en la propaganda comercial a la satisfacción individual mediante el consumo, y es más frecuente asociar el bienestar y la felicidad con salir de compras.⁴ Por otra parte, los casos de depresión severa son en estas sociedades cada vez más frecuentes y a edades más tempranas, y en la medida en que las sociedades adoptan hábitos de consumo masivo aumenta el problema. La hipótesis de Lane consiste en relacionar ambas cosas y explicar la depresión como consecuencia de la frustración que resulta de consumir sin obtener la felicidad prometida. ¿Solución? Volver a la amistad, al apoyo social, al consumo que fortalece las relaciones interpersonales en vez de sustituirlas. En presencia de un trabajo como el de Lane, la crítica vaga e infundada al consumismo empieza a volverse interesante al transformarse en el análisis de la relación entre consumo y depresión clínica en algunos países.

Por supuesto que no es lo mismo consumismo que altas tasas de consumo, pues una vida dedicada al cultivo del conocimiento y al disfrute de las cosas buenas y bellas podría exigir gastos cuantiosos, sin que podamos llamarla consumista. Por otra parte, criticar al mal llamado consumismo en forma global e indiscriminada, sin preguntarse antes acerca de la situación de millones de seres humanos que no pueden satisfacer sus necesidades mínimas, suena a falta de contacto con la realidad o a hipocresía.

El tema del consumismo nos brinda la oportunidad de preguntarnos qué se entiende por consumo, antes de analizar las acusaciones simétricas con que empezamos, en sí mismas y en sus consecuencias. En un sentido muy estricto y más fácil de imaginar usamos el término cuando se da la destrucción de lo consumido, como cuando decimos que un incendio consumió todo lo que había dentro de una bodega. En este primer sentido se consume algo cuando el uso involucra una transformación tan profunda que no podemos re-

gresar al estado original de lo consumido, y éste es el caso claramente con recursos no renovables como el petróleo. En un sentido mucho más amplio, consumo es simplemente la otra cara de la producción. Para cada bien o servicio producido se espera el correspondiente consumidor, bien sea que el bien consumido desaparezca cuando alguien lo consume, como los alimentos, o que pueda repartirse entre un número indefinido de consumidores sin que sufra merma, como una sinfonía o una novela. Aunque este sentido es muy amplio, aún así no abarca todo lo que nos interesa incluir. En las observaciones que siguen, sobre todo cuando se hable del impacto ecológico del consumo, se incluyen cosas consumidas que no son producidas en el sentido económico del término, como el oxígeno de la atmósfera.

Volvamos a las acusaciones mutuas originales. En cuanto a las altas tasas de natalidad en países pobres, recordemos que la densidad demográfica en muchos de los países desarrollados—sobre todo en Europa, Japón, Taiwán y Corea—es mucho más alta que en gran número de países de los que ahora caen bajo la denominación común de “Sur”. Hay algunos casos particulares de alarmante crecimiento demográfico, como la India con su millón más de habitantes por mes, pero en otros muchos países mal llamados “en vías de desarrollo” se da una tendencia a la disminución en las tasas de natalidad. De modo que la primera acusación ha de matizarse por países y resolverse también de esa manera. Además, la alta densidad demográfica de algunos países desarrollados representa un impacto en la naturaleza que no corresponde con el tamaño del país. Para citar solo un ejemplo, los barcos de pesca que utilizan las redes de arrastre, tan dañinas para la ecología marina, proceden de algunos de esos países.

En cuanto a la acusación de que los países desarrollados consumen mucho, hay una primera manera de entenderla en la que ésta se convierte en una tautología. Puesto que entendemos por países desarrollados justamente aquellos que tienen altas tasas de consumo en salud, educación, vivienda, alimentación y otros indicadores de bienestar, decir que los países desarrollados consumen mucho, sin más aclaraciones, equivale a

decir que los países desarrollados son países desarrollados, o que los países con altas tasas de consumo consumen mucho. A veces se dice, por ejemplo, que un niño nacido en los Estados Unidos consumirá a lo largo de su vida muchas veces más electricidad que uno nacido en la India, y se pretende que con esta afirmación se está diciendo algo relevante para las relaciones entre dos tipos de países del mundo. Pero esto no es tan claro: un niño nacido en una región menos pobre de la India también consumirá más que otro nacido en alguna provincia más menesterosa del mismo país. Dentro de lo que solía llamarse Tercer Mundo hay grandes diferencias entre países, de modo que la misma acusación —si es que se trata de una acusación— podría formularse sin necesidad de salir de ellos. Cualquiera que sea la definición que tomemos de desarrollo social, éste en definitiva se medirá con indicadores de algún tipo de consumo en el sentido amplio asumido aquí, de modo que la aspiración a una vida mejor es lógicamente un deseo y propósito de mayor consumo. De modo que la manera usual de entender la crítica de que los países desarrollados consumen mucho es superficial y circular.

Para que la acusación sea relevante tendríamos que pasar más bien al problema del consumo de recursos no renovables, y entonces adquiere algún sentido la afirmación de que las altas tasas de consumo en los países desarrollados son una amenaza para la supervivencia de la especie humana y de las demás especies. Podemos incluir para empezar dos aspectos obvios en esta acusación: los países desarrollados están acabando con recursos que los pobres obtienen ahora solo en pequeñas cantidades y de los que obviamente no podrán disponer cuando se acaben, y además el consumo en los países desarrollados genera contaminantes de la atmósfera y de las aguas cuyos efectos nocivos los sienten ante todo los países pobres, al no estar en capacidad de defenderse ni protegerse.

A la acusación anterior se suele contestar parcialmente diciendo que los recursos no renovables pueden ser sustituidos por otros recursos diferentes, de modo que el futuro de los países en desarrollo no depende de la existencia de los recursos no renovables que en estos momentos son

gastados en grandes cantidades por los países industrializados. Por ejemplo, se suele afirmar que la mayor parte de la energía solar no se explota, y que esta fuente de energía estará con nosotros por varios miles de millones de años más. Además, no podemos prever cuáles formas nuevas de energía serán descubiertas en el futuro.

Aunque lo anterior fuese cierto, aún así las altas tasas de consumo de ciertos recursos en países del Norte producen transformaciones perjudiciales que afectan a los países pobres, los que se encuentran en situación de desventaja para defenderse. Las emisiones de gases procedentes de la industria en la atmósfera producen el efecto invernadero, que a su vez trae consigo el aumento en la temperatura, con el consiguiente incremento en el nivel de los mares. Los desastres asociados con este cambio, como por ejemplo tormentas y huracanes más frecuentes y violentos, afectan más a los países pobres que a los ricos, más a los individuos con pocos recursos que a los acaudalados, en ambos casos debido a la diferente capacidad de reacción. De ahí la importancia de incluir estos efectos del consumo en el cálculo de los costos en la producción global. Si la economía empieza a tener en cuenta el impacto de la producción en la naturaleza, y encuentra la manera de compensarlo creando empleo y riqueza al mismo tiempo que limpia la basura y elimina los desechos, el salto de la ecología a la economía hará posible pasar de la teoría a la acción. Pero nada de esto será duradero si no se tiene en cuenta que los países pobres sufren las consecuencias de ciertos patrones del consumo de algunos recursos por parte de los países ricos.

Hay una tercera manera de entender la acusación de que las acciones de los países desarrollados perjudican a los pobres. Este tercer aspecto de la acusación va más allá de la noción de consumo pero debe ser mencionado aquí, sobre todo porque el perjuicio potencial es particularmente insidioso. Si los mecanismos para patentar descubrimientos e innovaciones, y por tanto para exigir el pago de derechos, se extiende a seres vivos y a productos de éstos como las semillas, hasta la mínima autonomía actual de los pobres desaparece. Un control global sobre las semillas por parte de una compañía transnacional, o de

unas pocas compañías, representaría una de las formas más odiosas de dominación que podemos imaginar.⁵

En resumen hay tres formas en que el consumo en los países desarrollados perjudica a los países pobres: a) por el agotamiento de recursos no renovables; b) por la contaminación que se genera en los países ricos pero afecta más a los pobres, y c) por el acaparamiento de recursos, legalizado mediante patentes que se extienden incluso a seres vivos.

Más allá de la distinción entre ricos y pobres (países y personas), el hecho es que los límites del ecosistema son también los límites últimos del crecimiento en el consumo. Se piensa todavía en el término "valor añadido" como si la naturaleza pudiese proporcionar materia prima para la producción en forma indefinida, y como si solo la acción humana pudiese darle valor a los productos destinados al uso o al cambio. Basta una mirada al mundo que nos rodea para darnos cuenta de que la destrucción ecológica impide con frecuencia a la naturaleza proporcionarnos la materia prima para la producción, al obstaculizar la regeneración de aquella. De ahí la importancia de incorporar la regeneración de la naturaleza en el cálculo de costos de la producción, como lo ha propuesto Herman E. Daly en su artículo "Consumption: Value Added, Physical Transformation, and Welfare".⁶ Quizá no exista aún la metodología para hacerlo, pero será necesario conseguirla si se acepta que la producción no empieza con los insumos que llegan a la fábrica o al campo de cultivo. Empieza mucho antes, en la naturaleza, y la política económica tiene que garantizar que la capacidad regenerativa de aquella no se agote.

Además, habría que tener en cuenta no solo lo que ocurre en la naturaleza *antes* de que empiece la producción, sino también lo que pasa *después*. Aquí la pregunta sería qué impacto en la naturaleza tiene cada bien o servicio consumido, y de qué manera reponer el impacto de modo que la capacidad regenerativa de la naturaleza no se vea comprometida cada vez que se consume algún bien o servicio. La metodología para hacerlo probablemente sea aún más difícil que la necesaria para calcular cuánto ha puesto la naturaleza

en forma de valor añadido, y sin duda se trata de dos aspectos del mismo proceso, visto en dos momentos.

No se debe entender esta idea como si el crecimiento económico en el sentido habitual del término se viera inmediata y necesariamente restringido al tener en cuenta el impacto ecológico de la producción. A veces se rechaza la idea misma de valor añadido natural porque se considera que al hacerlo se ponen límites al crecimiento económico y se condena a muchos seres humanos al desempleo. Esto no tiene por qué ser así, puesto que podría haber generación de empleo y crecimiento económico basado en las actividades asociadas con la sustentabilidad, sobre todo el reciclaje. Lo que se quiere decir al hablar de valor añadido natural es que la producción de cada bien y cada servicio impone costos a la naturaleza que los economistas no están acostumbrados a incluir en sus cálculos, y que deben incluirse ahora para que se pueda prever la regeneración de la naturaleza sin la cual eventualmente todo el sistema biológico, y por tanto también el económico, colapsarán. La economía debe así trabajar conjuntamente con la ecología, puesto que normalmente las recomendaciones de esta última no suelen tener eco cuando no hay alguna forma de canalizarlas dentro del aparato productivo de bienes y servicios. Esto nos lleva a examinar algunas de las ideas en torno a la advertencia de que el consumo debe modificarse.

En primer lugar, muchas recomendaciones que se hacen en nuestros días son perfectamente sensatas y nos llevarían a un mundo diferente sin hacer cambios globales radicales. Eliminar el consumo de granos en la alimentación de ganado para engorde, y dedicar esos granos directamente al consumo humano representaría un cambio en las prácticas de la ganadería en algunos países y quizá un mejoramiento en los hábitos alimenticios.⁷ Si todos nos volvemos vegetarianos la ganadería para carne desaparecería pero la actividad agrícola se beneficiaría, y probablemente el desempleo generado con la desaparición de aquella sería absorbido por ésta. Como hemos visto, consumir más en sociedad y menos en soledad disminuiría la depresión si la hipótesis de Lane es correcta. Y así podríamos seguir analizando propuestas de

modificación parcial de los patrones de consumo, que suenan sensatas y factibles.

En segundo lugar, las propuestas para reducir los niveles de consumo en forma global e indiscriminada⁸ deben ser escudriñadas con cuidado en los países pobres al menos por dos razones:

- a) Millones de seres humanos no tienen suficiente comida, ni agua potable, ni vivienda, ni vestido. Incluirlos dentro de la propuesta para reducir el consumo es inmoral y, además, a nada conduce puesto que esos millones de personas no pueden disminuir sus niveles de consumo. Sin duda estos millones tienen derecho a consumir más, no menos.
- b) Cualquier cambio en los patrones de consumo afecta al empleo, y una reducción global e indiscriminada en el consumo reduciría en forma proporcional las fuentes de trabajo. Es de suponer que los cambios en patrones de consumo en países desarrollados afectarían también a los obreros empleados en la producción de muchos bienes que se generan en países pobres y se venden en países ricos, de modo que cualquier cambio que se proponga para un grupo de países debe tener en cuenta las consecuencias para los trabajadores en el otro grupo de naciones. Se puede invocar aquí la necesidad de profundos cambios sociales en los países pobres para que éstos se liberen de la explotación externa e interna, pero esto no contradice la afirmación de que las fuentes de empleo deben mantenerse y mejorarse en vez de eliminarse, consideración que parece escapar a muchos de los autores que predicán la reducción universal del consumo. Las propuestas ingenuas para cambiar patrones de consumo en forma global e indiferenciada ponen en peligro la estabilidad laboral de millones de personas; los cambios defendidos deben prever de qué manera se afectará el empleo de los obreros y trabajadores en países en desarrollo. Obviamente también se verían afectados los obreros en países desarrollados, pero no los hemos mencionado porque ya están acostumbrados a defenderse de cualquier cambio que podría perjudicarlos.

Además, los cambios futuros en patrones de consumo deben tener en cuenta lo que ha ocurrido con el consumo en las últimas décadas. A medida que pasamos de sociedades tradicionales basadas en agricultura de subsistencia hacia sociedades modernas con pluralidad de ocupaciones, la valoración del consumo necesariamente cambia. En una sociedad con bajos niveles de productividad tanto el esfuerzo individual prolongado como la frugalidad son estrategias coherentes para proteger los escasos bienes obtenidos en una producción laboriosa y esforzada. Con la tecnología actual la productividad es mucho mayor, y un porcentaje alto de puestos de trabajo depende del consumo de bienes y servicios que la frugalidad de tiempos pasados consideraba innecesarios. La agricultura de subsistencia ya no es opción real para la mayoría de los países y sería insensato pensar que seis mil millones de seres humanos puedan depender de ella como lo hacía una población mucho menor hasta comienzos del siglo XX. Seguir los consejos de la frugalidad predicada y practicada cuando la agricultura de subsistencia prevalecía por todo el mundo condenaría al desempleo a muchas personas y eliminaría sin suficiente razón gran parte de las cosas que hacen la vida menos brutal. Más que frugalidad por sí misma, es solidaridad lo que necesitamos. Justamente sería la solidaridad la que daría algún sentido a la frugalidad, entendida ésta como una disminución en el consumo individualista para hacer posible compartir con los demás lo que se puede adquirir. Esta combinación de solidaridad con frugalidad entendida de otra manera se aplicaría por lo menos de dos formas al cambio de patrones de consumo en los países en desarrollo:

- 1) Incrementando el consumo de bienes y servicios para la satisfacción de necesidades básicas en amplias capas de la población que carecen de lo mínimo.
- 2) Consumiendo en sociedad y no en el aislamiento individual. El ejemplo de la depresión originada en el consumo narcisista en los países desarrollados es un poderoso aliado para evitar el egoísmo.

Más allá de los cambios en patrones de consumo, los países subdesarrollados no tienen ningún futuro si no protegen sus recursos, tanto de la destrucción ecológica como de la codicia ajena.

Notas

1. Herman E. Daly. "Consumption: Value added, physical transformation, and welfare", en David A. Crocker y Toby Linden, eds. *Ethics of consumption: The good life, justice and global stewardship*. Lanham: Rowan & Littlefield Publishers, Inc., 1998, p.20.
2. Jeremy Rifkin hace una excelente descripción de este proceso en su obra *The end of work* (Nueva York: Putnam, 1995), pp.19-25 ("The gospel of mass consumption"). La traducción de esta obra al español *El fin del trabajo. El declive de la fuerza del trabajo global y el nacimiento de la era posmercado* (Barcelona: Paidós, 1996) tiene errores notables que reflejan una comprensión deficiente de las diferencias entre el español y el inglés, sobre todo en verbos como *sustituir*. La falta de familiaridad con el inglés hace que algunos párrafos sean incomprensibles en español cuando en inglés no hay ninguna dificultad. Rifkin reseña los esfuerzos de la industria norteamericana por intensificar el consumo, sobre todo de electrodomésticos y automóviles, durante las primeras décadas del siglo XX. Es entonces cuando se produce el cambio básico de actitud en los Estados Unidos. En países como Costa Rica probablemente se dio en las décadas de los cincuenta y sesenta, con la electrificación rural, la aparición de los primeros supermercados y la generalización de la opción de comprar a crédito. En cuanto a la actitud sobre el consumo en tiempos pasados, en la *Suma de Teología*, 2-2, 24,10 ad 2 Tomás de Aquino distingue dos tipos de concupiscencia, una mortal y otra venial. La primera consiste en "poner el fin en las criaturas" y se convierte en el "veneno" de la caridad. Sobre la gula, definida como apetito exagerado de comer y beber, hay un amplio tratado en 2-2, 148, varios artículos. Curiosamente se considera que la gula "es un pecado más leve que los otros, por razón de la materia y del que peca, a causa de la necesidad y de su dificultad, pero se agrava por sus efectos", entre los cuales se encuentra "la estupidez acerca de las verdades especulativas". Esto resulta más interesante aún si se tiene en cuenta que el autor de esas líneas era obeso y famoso por su afición a la buena mesa.
3. Robert E. Lane "The road not taken: Friendship, consumerism and happiness", en Crocker-Linden, ob.cit., pp. 218-246. Lane empieza señalando que a partir de mediados de los sesenta se ha dado en los países desarrollados una creciente ola de depresión clínica, disminución de la confianza en los demás y aflojamiento de los vínculos sociales. Una causa muy importante de la depresión según él es la falta de amigos, es decir, de apoyo social. Entre los numerosos resultados de investigaciones que recoge en su artículo señalemos solamente el siguiente: la gente nacida en los Estados Unidos después de 1945 tiene diez veces más probabilidad de sufrir de depresión que la nacida cincuenta años antes (p.219)
4. En los periódicos de Costa Rica apareció no hace mucho un anuncio de página entera con la foto de una mujer muy sonriente con el siguiente texto "¿Quién dice que las mujeres necesitamos psicólogos? Todos sabemos que la mejor terapia que podemos tener ¡es un día de compras en Multiplaza! Por eso, cuando sienta que algo le hace falta... ni lo dude, venga a Multiplaza y regálese una buena dosis de felicidad."
5. La autora hindú Vandana Shiva se refiere ampliamente a esta situación en su artículo "Resources" incluido en la obra colectiva compilada por Wolfgang Sachs, *The development dictionary: A guide to knowledge as power* (Londres y Nueva Jersey: Zed Books, Ltd., 1992), pp. 206-218.
6. En Crocker-Linden, ob.cit., pp.19-27.
7. Tal es la propuesta de Paul E. Waggoner en su artículo "Food, Feed and Land", en la obra citada de Crocker-Linden, pp.69-94.
8. Un ejemplo de este tipo de propuestas globales se encuentra en los capítulos 21 y 22 del libro de David C. Korten titulado *When corporations rule the world* (West Hartford-San Francisco: Kumarian Press- Berret-Koehler Publishers, 1995). A partir del análisis de dos supuestas visiones de la realidad en competencia (una espiritual y otra material, ésta última promovida por la Revolución Científica y en la base de la Revolución Industrial), Korten encuentra un círculo vicioso en el que la propaganda comercial lleva al deseo de comprar productos, que a su vez motiva la urgencia de adquirir dinero, que a su vez produce más alienación, lo que lleva de vuelta a caer en manos de la propaganda comercial. Lo que se requiere

según el autor es rechazar este círculo volviendo a una vida en comunidad basada en valores espirituales. El marco del estudio de Korten es la situación en países como Estados Unidos, y es difícil hablar de un círculo vicioso cuando se tienen en mente los millones de desposeídos de la tierra, para quienes éste no funciona por la sencilla razón de que no existe capacidad adquisitiva por más propaganda comercial que exista. Por otra parte, los trabajadores en países desarrollados necesitan ingresos cuantiosos porque la satisfacción de necesidades como la vivienda y la educación así lo demanda, no porque quieran trabajar tanto como lo hacen. Jerome M. Segal ha hecho un brillante análisis de esta situación en su artículo "Consumer expenditures and the growth of need-required income", en el volumen de Crocker-Linden ya citado, pp. 176-197. En la página 181 Segal expone claramente su idea central: buena parte del aumento en ingreso y consumo en los Estados Unidos ha sido absorbido al tratar de llenar modestamente las mismas necesidades de siempre, porque el costo real de satisfacer estas necesidades fijas ha subido sustancialmente. En vez

de trabajar más para gastar más, los trabajadores se ven forzados a *ganar más para poder trabajar más* y así poder llenar las mismas necesidades básicas. Para poder pagar la vivienda y la educación se requiere ganar suficiente, pero para hacerlo hay que contar con automóvil, seguros, etc., que exigen cuantiosos gastos. En una investigación llevada a cabo por David A. Crocker, Luis Camacho y Ramón Montero para el PNUD con el título "Globalization, consumption patterns, and human development: The cases of Costa Rica and Honduras", se ve claramente la diferencia en el porcentaje del ingreso que se necesita para transporte (9 % en Costa Rica, 0,4% en Honduras, 19,25 % en Estados Unidos) y vivienda (12,6% en Costa Rica, 15,9% en Honduras, 31,3% en Estados Unidos). Por otra parte, alimentarse exige un porcentaje mucho menor en los Estados Unidos (14,6) que en Honduras (51,8) y Costa Rica (43). Este trabajo fue utilizado en la elaboración del Informe sobre Desarrollo Humano 1998 (Madrid: PNUD-Ediciones Mundi-Prensa, 1998) y aparece incluido como documento básico en la página 111.

Luis A. Camacho

Apartado 388-2050

San Pedro de Montes de Oca, Costa Rica

lcamacho@cariari.ucr.ac.cr